

MUERTE Y PERFECCION

Constantino Láscaris C.

¿Será "verdad" que la tortuga no muere nunca de muerte natural? No me refiero, claro es, a la especie de las tortugas en cuanto especie, sino a ésta a ésta o a cualquier otra de las muchas que nadan en el mar. Porque de las tortugas de tierra lo sé menos aún.

Haciéndome la pregunta más en general: ¿será "verdad" que los animales que viven en el mar no mueren nunca de muerte natural? Esta pregunta, que es pregunta porque implica extrañeza, tiene sentido porque presupone la afirmación de que los animales que viven fuera del mar, tienen, o pueden llegar a tener, muerte natural.

Científicamente, la expresión "muerte natural" carece de sentido: un ser vivo muere siempre por circunstancias concretas, individuales, ya porque lo deterioran desde "fuera", ya porque se deteriore desde "dentro". En la naturaleza todo es natural, especialmente lo artificial y lo mismo da morirse aplastado por un mamut que por un autobús.

La expresión "muerte natural" es precientífica, de uso general en todos los idiomas evolucionados, y en nuestra vida cotidiana nadie la discute. Es un hecho reiterado la observación de cómo un hombre, un perro, un gato, un ave, un caballo, a una cierta edad, muestran menos actividad, amortiguan sus funciones; hablando claro, "envejecen". Y cuando se prolonga este estado, un día cualquiera, ante la más pequeña dificultad, se mueren. Siempre se le puede señalar a esta muerte una circunstancia concreta ocasional, pero se dice que eso es detalle, que en realidad se ha muerto de *viejo*.

Las aves migratorias eligen un lugar especial para morir. Y el ave llega, con aire cansado, allí, casi siempre acompañada por otras, miles, que *van* a lo mismo. Y se deja caer a tierra; sus alas baten el suelo, cada vez con menos fuerza; el cuello se alza y se dobla, espasmódicamente, hasta que en uno de los estertores el pico languabierto ya no se cierra y cae. Y esa ave, así, acaba de morir, tanto en el sentido de que ha muerto, como en el de que ha terminado el proceso de morir iniciado al tocar tierra. Porque morirle le ha costado tiempo; acaso media hora. Y no ha muerto de "enfermedad".

En la antigüedad, en que había muy pocos viejos, se hablaba de "gerontocracia". El viejo gobernaba, pues con la madurez tenía experiencia, prudencia, habilidad y fortaleza; gracias a ir adquiriéndolas había llegado a viejo. En nuestro tiempo se habla de "Gerontología" y hay toda una Medicina de la Vejez, porque en los países que no son subdesarrollados lo que abundan son los viejos. Desde que abundan han perdido el prestigio y se los jubila en las profesiones. Y, en general, cuando se los jubila, se mueren... y se dice que de viejos.

¿La "muerte natural" es la muerte por *vejez*? Si excluimos de la muerte natural todo accidente y toda enfermedad, la muerte por vejez sería la muerte natural pura, quintaesenciada. Pero también es claro que con tal nitidez no se da nunca; siempre se presenta enturbiada por deficiencias orgánicas. Y la ciencia entonces duda. Y la ciencia, cuando duda, pasa un tupido velo y declara extra-científico el problema.

Pero hay más. Para cada especie animal se viene constatando una edad (cronología solar) en la que el individuo *entra* en la vejez. Esa edad es aproximada, pero, dentro de ciertos límites, inexorable. Los doce años para el perro, los veinticinco años para el caballo, los setenta para el hombre, marcan hitos, desagradables en general, ineluctables para el individuo. Se muestran los síntomas de la vejez. Peculiares en cada especie, estos síntomas, en su conjunto, van dominando y el individuo cambia.

Sin embargo, nadie ha encontrado una tortuga vieja, por muy grande que sea. Ni nadie ha visto morir un pez de muerte natural. En los animales marinos, se da el crecimiento incesante, pero no se han encontrado individuos que ofrezcan el ciclo de las tres etapas: infancia, madurez y vejez. Según los casos, pasan de la primera a la segunda, o inician directamente la segunda, y ésta se prolonga. Mientras que se habla de una edad máxima, aunque aproximada, para los caballos, no se habla de una edad equivalente para los calamares o las sardinas. Es de suponer que de ahí provienen las leyendas en torno a monstruos marinos gigantescos, peces, serpientes, o pulpos. Es decir, que realmente se dan a veces, cuando no viene la muerte "exterior". Claro es también que tiene que haber siempre un límite al crecimiento, y es el de las posibilidades que ofrezca el medio.

Pues bien, del hecho (que en realidad es ausencia de hechos) de no haber observado aquel tipo de muerte en los animales marinos, cabe reiterar la pregunta: ¿será "verdad" que una tortuga no muere nunca de muerte natural?

Por "verdad" entiendo que la proposición (*la tortuga no muere nunca de muerte natural*) expresa una peculiaridad de los individuos llamados tortugas. No simplemente el negar de éstos una privación, sino el afirmar un peculiar modo de ser. El modo de ser de la madurez indefinida.

Ahora bien, el concepto de madurez indefinida sólo tiene sentido por contraposición con el de madurez limitada por vejez. Es decir, madurez indefinida es un concepto indiscriminatorio, mientras que madurez-vejez es un concepto específico. El modo de ser-sin-vejez sólo es intelectualmente comprensible desde el modo de ser-con-vejez. La agonía inmotivada del ave realza la indefinida madurez del molusco.

Cuando los animales marinos, algunos, se adaptaron a vivir en tierra seca, renunciaron a la madurez indefinida. Ciertamente que no tomaron tal decisión, pero la estructura orgánica de sus descendientes mostró de hecho su incapacidad para mantener la madurez indefinida. De querer hacer poesía, diría ahora; renunciaron a la inmortalidad.

Y aquí se plantea un problema de valores, que es el que la ciencia repugna. El Hombre, por una parte, como ser-con-vejez, repugna su vejez y ansía la madurez indefinida, que constitucionalmente le está vedada; por otra parte, de hecho, el hombre lo es, hombre (animal reflexivo), gracias a ser-con-vejez. En el proceso evolutivo, la "aireación" ha sido condición indispensable para el perfeccionamiento de la función de pensar. Para esta afirmación me fundo en la valoración del pensar abstracto como más perfecto que el pensar concreto, y del pensar individual como más profundo que el pensar colectivo (o de grupos intraespecíficos).

Este proceso no ha tenido nada que ver con el de progresiva individualización, pues ésta se ha dado, paralela y alternativamente, en animales marinos y terrestres.

Considero, pues, más imperfectos los animales terrestres por carecer de madurez indefinida. Pero como señalé que la madurez indefinida sólo tiene sentido desde la madurez-con-vejez, los animales terrestres son más perfectos precisamente por ser-con-vejez.

La idea de perfección es sugestiva, pero exige ser definida. Y aquí es donde, precisa reconocerlo, está la clave de la pregunta inicial, pues si me pregunto por las tortugas es porque me estoy preguntando por mí mismo en las tortugas. Por *perfecto* entiendo *acabado*, cumplido, colmado, plenamente realizado. Así como una estatua no es estatua perfecta en cuanto tal mientras no está *acabada*, así un animal no será perfecto mientras no esté acabado.

Esto ofrece un peligro, el más grave para un filósofo; el de platonizar.

More platónico, un animal perfecto sería el que realizase la idea de la especie plenamente. Ahora bien, en cuanto hecho con materia, esa plenitud nunca sería total. El acabamiento nunca sería acabado y sólo sería, pues, perfecta la idea. Eso sí, cabrían grados en la imperfecta realización; un ternero con cinco patas sería menos perfecto, dentro de la especie, que otro de cuatro.

En este platonizar, la madurez indefinida sería mayor perfección. Y así el Platón de la madurez fue esteticista. Cuando envejeció no cambió de planteamiento, pero le dió un nuevo sesgo: la mayor perfección sería la madurez indefinida del pensamiento. De ahí nacieron las teologías intelectualistas y los esencialismos.

Pero more platónico no se explica el ser-con-vejez y por consiguiente tampoco la madurez indefinida. Es terrible el viejo ateniense de *Las Leyes* cuando, en compañía de los otros viejos, teoriza un mundo joven y sólo logra el Estado de madurez indefinida gobernado por viejos.

Acabarse en castellano es palabra dúplice, lo mismo que en griego telein. Domina el sentido de realizar lo emprendido. Es decir, lo primario es la obra lograda. Pero *telos* vino tomando una acepción derivada que suplantó (lo mismo sucedió en castellano) a la primitiva. La obra hecha es el término del hacerla. En tanto obra es culminación, en cuanto hacer es cesar el hacer. Así, *acabarse*, como término o fin, es acabar el hacer al acabar el acabado de la obra. El acabado como logro de la obra arrastra consigo el *cese* del acabarlo.

Si comento esta palabra no es por placer lingüístico; me interesa como depositaria de una estructura conceptual construida por los hombres que la han vivido. Y porque, así, me sirve para expresar la imperfección de lo perfecto en la vida.

Cuando los animales marinos, abandonando el mar, renunciaron a la madurez indefinida, buscaban sobrevivir. Supongo que la palabra buscar es inadecuada; acaso no buscaban nada. Pero, en todo acaso, se encontraron con que sobrevivían fijándose un término vital en el futuro. También en poesía, se podría decir que cambiaron la inmortalidad por la vida presente. Sin poesía, pasaron a tener una configuración orgánica de ser-con-vejez.

Para los griegos, la circunferencia era más perfecta que la línea recta, porque el movimiento circular es infinito mientras que el rectilíneo es indefinido. En otras palabras, el movimiento circular es pensado como infinito delimitado. Y como decía Parménides: "Lo mismo me da por dónde he de comenzar, pues nuevamente ahí habré de volver".

El animal marino se vive en línea recta; el animal terrestre se vive en pretendido círculo. La consumación del círculo vital del ser-con-vejez supone precisamente el término del acabarse en el logro de la madurez. Pero para lograr el acabado de la obra, en un animal, tiene que acabarse también la obra. ¿Y por qué?

Pondré un ejemplo: los huesos.

No he sabido encontrar una definición científica de los huesos a gusto de los científicos. En mi opinión, hueso es el cartílago perfeccionado. Si el cartílago es tejido orgánico, lo es en cuanto tejido vivo. Y la consistencia del cartílago depende de la proporción de mineral de que dispone. El cartílago se va osificando y precisamente en este proceso de osificación podemos ver un proceso de perfeccio-

namiento. La dificultad radica, como siempre, en la posición límite: cuando deja de ser totalmente cartílago, pues el hueso totalmente osificado ha dejado de ser un tejido vivo. Haciendo la generalización: el perfeccionamiento por plenificación de lo vivo es lo muerto.

Que la osificación de los cartílagos depende de la esclerotización de venas y arterias, o que ambos procesos dependan del ritmo de plenificación de las glándulas endocrinas, o las tres de un cuarto aún por descubrir, me es secundario. Su descubrimiento o delimitación no alteraría el ser-con-vejez de los animales terrestres.

La sujeción a ritmo circular no implica un esencialismo. Todo lo contrario. Lo único que nos da la constatación de cuando una estructura orgánica aérea tiende a su plenitud es que se deshidrata. Y así podrían definirse los animales terrestres como los animales que al abandonar el mar perdieron la capacidad ilimitada de hidratación. Los minerales, sujetos al agua por la vitalidad del óvulo, retornan a su mera condición de minerales, por la misma tendencia del óvulo de consumarse plenamente. El animal terrestre tiene vocación de fósil. E intenta serlo en la vida. Y en cuanto ser-con-vejez, lo logra.

Un griego recordaría que Apolo es fuente de fecundidad en el agua, en las zonas abismales, pero mata con sus dardos. Al decir esto segundo, pensaba en la insolación; yo lo traduzco por el calendario. El animal terrestre reitera en su organismo los ciclos solares o intenta completar con su existencia un ciclo completo. Y cuando va a lograrlo, muere. Y muere de muerte natural.

El ser-con-vejez, es de tener en cuenta, no es uniforme en un animal terrestre. A mayor diferenciación orgánica, se da también mayor diferenciación del ser-con-vejez de cada uno de sus órganos. Y en el hombre hay uno, el cerebro, cuyo ritmo suele ser mucho más lento que en los otros órganos. Tanto que las actividades mentales suelen madurarse cuando otros órganos ya viven su vejez. La tentación es pasar a afirmar que la madurez del pensamiento se ha dado sobre el sacrificio vital del individuo. Sin seguridad de vejez, no hay plenitud cerebral. La vitalidad del óvulo humano se endereza al logro de la mayor cerebralización posible, y al servicio de ésta mineraliza, deshidrata, sus restantes órganos. Pero el círculo es siempre vicioso, y se cierra sobre el cerebro mismo y también éste, al tender a ser pensamiento puro, se deshidrata, muere.

¿Por qué causa repugnancia el pensarse a sí mismo, en un futuro, comido por gusanos? ¿Será porque a veces éstos se anticipan? Sin embargo, también son con-vejez. Pero no causa repugnancia, sólo desolación, pensarse como momia. La lucha por la existencia, que da consistencia a las propias estructuras, nos aboca a pensarnos como seres con-vejez y a reconocer la plenitud de la madurez en la vejez. Y ello si el medio ambiente es tan favorable que deja cerrarse el círculo.